

No se trata de utopía y/o revolución, sino de radicalismo evolucionista.

La cuestión primaria no es de justicia y libertad, sino de congruencia. No existe ningún sistema en el mundo que pueda al mismo tiempo ser y devenir; en otras palabras, que tenga un futuro de concreta posibilidad y que a la vez no sea congruente con un sistema más amplio que lo contenga. El parasitismo acometedor, implícito en el estado de no congruencia, contiene y constituye su propia némesis. En esta esfera maligna cualquier otra preocupación, aun apasionada, resulta fútil.

La futilidad de la búsqueda urbanística de hoy en día reside en esta inhabilidad o no voluntad de definir sus propias raíces, su propio radicalismo, legítimo y completo. Parece pues que el urbanista, al establecer su punto de vista, siempre rehusa mirar y tomar distancia para abarcar desde una perspectiva más profunda las cosas en su condición prístina y en su desnudez esencial proto-histórica. Desde esa posición los detalles se funden en la estructura de conjunto coherente con sus finalidades, esa misma estructura ahora desenfocada y oprimida por avalanchas de ambigüedades tecnológicas y pseudo-lógicas.

El sistema urbano no es solamente un instrumento al servicio del individuo, así como el individuo orgánico no es simplemente un mecanismo al servicio de sus propias células componentes; la suma es más que sus partes y ¿cómo podría ser de otra manera sin perder todo significado? La ciudad no es un expediente a la disposición de las idiosincrasias individuales. Si se considera como tal, es preciso que se disgregue en favor de un hipotetismo extravagante y que arrastre en su propia caída todos los componentes —inclusive los ciudadanos— que la sostienen.

Dos puntos claros parecen ser los siguientes:

- 1) La legitimidad de la ciudad tiene su origen en la naturaleza del hombre (de la vectorialidad de la vida).
 - 2) La ciudad debe descubrir su propia morfología dentro de la disciplina que gobierna todo fenómeno físico, biológico y mental.
- 1) La naturaleza del hombre es social y ambiental. Esto significa que el individuo es un fenómeno de participación (social) que se

desarrolla y florece dentro de un sistema físico caracterizado por múltiples parámetros ecológicos de la naturaleza.

Si el hombre fuese simplemente un mecanismo lógico racional, como sostiene la pseudo-ciencia, la socialidad y la ambientalidad serían características temporáneas, causadas por imperfecciones mecánico-físicas. En efecto la máquina lógica y racional es totalmente asocial por ser un mecanismo numérico-repetitivo y es también puramente anti-ambiental, ya que para ello el ambiente ideal es el no-ambiente.

Para un hombre así caracterizado la tecnología encontraría tarde o temprano su propio radicalismo que daría como resultado unos individuos dotados de sensibilidad no biológica o parabiológica enlatados y almacenados en enormes almacenes generales. Esos cerebros colectivizados producirían un sinnúmero de descubrimientos-invencciones, cuyos resultados nuestras mentes no pueden ahora profetizar. Que esto constituye un sueño o una pesadilla es demasiado temprano para decirlo, como también es demasiado temprano para organizar nuestra sociedad con miras a tal eventualidad.

Debemos por ahora, yo creo, aceptar como realidad histórica el hecho de que el hombre es social y ambiental. Naturalmente el hombre aislado no es aquí ni siquiera objeto de consideración, pues esta no es ninguna hipótesis real. Todo esto nos dice una vez más que la ciudad es un fenómeno inevitable, porque es necesario y que, además, debe ser de tal naturaleza que favorezca el desarrollo del hombre socio-ambiental.

2) La ciudad constituye algo más sustancial que la acumulación de las actividades de cada uno de los ciudadanos. La ciudad es un superorganismo al servicio de una masa físico-mental constituida por un sinnúmero de individualidades dotadas de sensibilidad que la habitan y la constituyen. Para ser un organismo históricamente válido, es decir, un fenómeno de validez autónoma o un "quantum" positivo en el sistema viviente, la ciudad debe obedecer a las leyes, a las que están sometidos todos los fenómenos vivientes. Dos de esas leyes aparecen como determinantes generales y absolutas.

A) *En todo sistema el "quantum" más complejo es también el "quantum" más vital.*

B) *En todo sistema el "quantum" más vital es también el "quantum" más miniaturizado.*

Esta doble regla tiene todas las características de un imperativo categórico. Debemos aceptar pues el rigor absoluto de éste o debemos renunciar al próximo eslabón en el futuro.

Las razones por las cuales esta doble regla se constituye en guía estructural hacia la validez y la factibilidad son intrínsecas a la naturaleza del universo mismo y de las potencialidades que se le han abierto a raíz de la invención de la conciencia y la importancia asumida por la logística física, energética y de información-comunicación.

Para un "quantum" como la ciudad, sumergido en el relativo sopor ecológico de la naturaleza, el poder vitalizante es directamente proporcional a la complejidad físico-mental que la sostiene, y ésta es a su vez directamente dependiente del grado de miniaturización alcanzado. Aquí es donde el radicalismo urbano tiene sus raíces; sus raíces se encuentran aquí o no existen (de donde se deriva el parasitismo como alternativa).

Es decir, que la verdadera sustancia de la libertad física del individuo y de la sociedad sólo puede ser factible en el caso de que la ciudad esté fundada sobre las premisas de la complejidad y de la miniaturización. Una de ellas es la calidad de la materia que llega a ser espíritu. La otra es la estructura espacial física que es la única verdaderamente capaz de permitir y favorecer este fluir de la materia en el proceso de espiritualización.

El tránsito mismo del reino vegetal al reino animal en la evolución de la vida es indicativo de la gran importancia que tuvo para el genio de la naturaleza el descubrimiento o la invención de nuevos sistemas energéticos de un grado de complejidad-miniaturización superiores a los mecanismos intrínsecos del reino vegetal.

El reino vegetal es, en términos espacio-funcionales, un *desenvolvimiento* de infraestructuras bidimensionales, como la *hoja*, en armazones estructurales más o menos grandes y más o menos tridimensionales. El ciclo de la fotosíntesis es eminentemente dependiente de la fijación de la energía solar de carácter difuso y relativamente débil. Esta sencillez y esta inocencia de fondo es probablemente en sí misma el obstáculo más grande interpuesto entre el reino vegetal y las condiciones superiores de conciencia que tuvieron que esperar el invento del animal para llegar a ser posibles (estructura primaria de acción).

La inteligencia vegetal agota sus energías en mantener activo un sistema vital que, distribuido necesariamente en enormes superficies,

no puede organizarse en sistemas de fulmíneo "feedback". Esto, entre otras cosas, hace más lento el tiempo fisiológico del vegetal que es como una pulsación letárgica, en contraste con las complejidades del animal, capaces de coordinarse instantáneamente. El animal, cuyo dinamismo es de carácter informativo-comunicativo-reactivo, está dotado también de la movilidad física que se hace posible, eso sí, por la extremada contracción fisiológica que, aun siendo "milagrosa", es también absolutamente categórica.

Si persiste nuestra terquedad en producir una sociedad vegetalmente articulada nos condenaremos a una lenta o rápida degeneración de conjunto y la anemia perniciosa de semejante "estructura" será la némesis misma del género humano.

El que este concepto pueda aparecer abstruso o desenfocado se debe a la separación del problema humano y social del problema terrestre o cósmico.

Esta situación pone el problema humano fuera del complejo de la realidad, es decir, reduce la ya limitada realidad humana a una utopía vivida, o sea a aquel parasitismo acometedor al que aludía al comienzo.

No hay matices conceptuales en la base del problema; aquí la cuestión dialéctica se reduce al ser en contraposición al no ser, o sea que la dialéctica de los opuestos aquí está resuelta si se parte de la posición de que el ser quiera o pueda obrar tan sólo dentro del ser y con el ser. Y es por esto por lo que las condiciones radicales de que hablábamos son verdaderamente insustituibles, pues si no se observan, trasladan la acción en el "no ser" (autoparasitismo).

Las dificultades que esta radicalización presenta son en sí mismas el signo de la enorme proposición utópica que el presente ha hecho de sí mismo. Mientras la realidad protohumana se movía y se mueve dentro de su propio futuro, de acuerdo con las leyes impuestas por la naturaleza de las cosas, el fenómeno humano ha inventado un sistema que se define pragmático, completamente incapaz de valerse de las posibilidades abiertas a su genio específico (de "homo faber").

En este camino de la debilidad morfológico-funcional, las fuerzas aplastantes de la gigantesca máquina cósmica, ese infinito ser indiferente al aliento de la vida, destrozarán la especie humana sin darse cuenta siquiera.

La única esperanza, que es también la ocasión para el devenir de lo "divino", está en colocar al hombre, —fenómeno de naturaleza supercompleja—, dentro de los términos definidos por la realidad, aceptando su postulado primordial, o sea, el de la complejidad y de la miniaturización.

Por lo tanto la elección, ahora que la tecnología se va transformando en la cibernética, está entre *una némesis*, a la que necesariamente sucedería una decadencia general de los "quamtum" energéticos en pleno y desastroso acuerdo con la marea entrópica, o *una génesis*, según la disciplina antientrópica de la vida, de una nueva topografía del mundo humano, de aquella neonaturaleza que pueda servir sólo a la evolución de la especie humana con la más atenta y reverente observancia de las necesidades ecológicas de la tierra en su totalidad.

La vía del recurso está por cerrarse. La precariedad y la arrogancia del recurso reside en el carácter de exponente que se le confiere. La sobreposición numérica, por la cual las fraudulencias "domésticas" se conglomeran en colosales fraudulencias colectivas, no nos permite ya barrer en el rincón oscuro de la conciencia individual y colectiva (y del paisaje) los residuos no reductibles de su presencia. Nuestro parasitismo se está convirtiendo en un parasitismo anticipatorio, que al hipotecar el futuro vendrá a arruinar el presente con un poder de devastación tal que los arsenales atómicos y bacteriológicos pasarán a ser accesorios o inútiles.

Además hay unos dividendos substanciales que madurarían dentro de una radicalización ecológica de los sistemas urbanos; entre otros:

1. La contracción de las comunidades humanas causaría una expansión proporcional de la tierra. Los continentes, atravesados por cordones urbanos, permanecerían casi vírgenes o volverían a serlo, allí en donde no fueran cultivados. Este sería un proceso global de "recuperación" y conservación en beneficio de la especie humana y de los reinos animal y vegetal.

2. La explosión demográfica plantea problemas logísticos y dimensionales de escala del todo nueva y que serán solubles con procedimientos intensamente dinámicos, tan sólo posibles en sistemas tridimensionales *análogos* a los organismos biológicos.

3. El concepto de una ubicuidad individual que permita al individuo ser al mismo tiempo ciudadano y campesino está implícito en la contracción: complejo-miniaturizante.

4. Las posibilidades emotivo-estéticas, que en el fondo son las finalidades del hombre, se volverían explosivas, en tanto que dentro de los sólidos sistemas las nuevas posibilidades creativas serían tan grandes cuanto imprevisibles.

Debo entonces rechazar, por lo que a mí se refiere, tanto la utopía cuanto la revolución. Toda acción que tiende a la incongruencia es una pseudo acción, es decir, una utopía. En esta instancia existencial nos vemos arrojados a una utopía biofísica monumental: la explosión suburbana, o mejor, infraurbana: Es utópica porque actúa contra las leyes que gobiernan la evolución cosmo-biológica, que, como explica Chardin, tiende hacia una sociogénesis de una creciente complejidad y, por ende, sometida automáticamente a una necesaria contracción (miniaturización).

La revolución es un movimiento hacia condiciones que todavía no han aparecido en la historia. Pero el radicalismo que yo propongo es parte integrante del proceso evolutivo, cuya más reciente pulsación es la historia. Así, pues, no se trata de revolución, sino de una radicalización que permita colocar el problema físico de la instrumentalidad colectiva sobre bases universalmente congruentes. De acuerdo con dicha ponencia y en consonancia con las leyes del mundo concreto, la revolución social podrá establecer su propio dinamismo.

En efecto será la contracción física del recinto urbano la que producirá la presión o temperatura crítica necesarias a esa explosión del poder mental de la especie que, a su vez, proporcionará al hombre-individuo y al hombre-sociedad una nueva dimensión de la realidad con la cual él y la sociedad podrán crear lo inimaginable.

Ahora debería aparecer evidente que las consideraciones sociales, políticas, económicas y estéticas deben ajustarse pacientemente a la cuña de la congruencia ecológico-humana en su fundamento físico logístico, cuña que debe establecer penosamente pero ininterrumpidamente el a priori de todo conglomerado urbano, modelándolo sobre el ejemplo y la disciplina universal del "más" dentro del "menos", para formar aquella "infinitud" peculiar de la vida tan ejemplarmente definida por Chardin.

(Traducción de Edelweis Pacciotti de González).